

SURCOS NUEVOS PARA SEMBRAR ESPERANZA

CAMINO CAÑÓN LOYES

0. PRESENTACIÓN

El título que he propuesto para la reflexión que, esta tarde vamos a compartir, habla de surcos nuevos, habla de esperanza y habla de sembrar. Con ello quiero hacerme eco de esa llamada del Papa Francisco que nos habla de “La Iglesia « en salida », una Iglesia con las puertas abiertas.” (EG46), de una Iglesia que sale, que siembra, que busca y entra en las periferias humanas porque tiene un rumbo que ofrecer y un sentido que compartir: el Evangelio de Jesús.

En ese juego de imágenes que sobreabundan en la exhortación del Papa, quisiera detenerme, en un primer momento, en una que toma del beato Henri Newman, como saben un intelectual, ministro de la Iglesia de Inglaterra convertido a la fe católica a mediados del siglo XIX. La imagen es la de *la tierra sobreexplotada que se convierte en arena*: « El mundo cristiano se está haciendo estéril, y se agota como una tierra sobreexplotada, que se convierte en arena ».(66) De ahí que necesitemos preparar surcos nuevos para la siembra.

Este proceso de desertificación espiritual lo atribuye el Papa Francisco a los proyectos de sociedades que quieren construirse sin Dios o que destruyen sus raíces cristianas. “¡No nos dejemos robar la esperanza por ellos!”.(Ibidem)

Nuestra sociedad vive un tiempo en el que no resulta difícil reconocer esa desertificación espiritual de la que habla el Papa. A comprender con cierta profundidad este hecho dedicaremos la primera parte de esta intervención.

Alguien ha llegado a preguntarse:

“¿Hay sitio para la esperanza en una sociedad como la nuestra, egoísta, aturdida, asustada, anestesiada? ¿Hay sitio para la esperanza en una sociedad sin norte, o lo que es peor en una sociedad sin brújula?” (A. Dagnino. Discurso inaugural de la XCVI Asamblea General de la ACdP en: *Criterios*, diciembre 2008/enero2009, p.V.)

Una pregunta formulada como acicate para que seamos capaces de encontrar modos propositivos de ofrecer la esperanza que nace de la fe a nuestros contemporáneos.

¿Estaremos dispuestos a construir nuevos surcos en esa tierra que ha ido transformándose en arena? ¿Tendremos el coraje suficiente para preparar surcos donde sembrar esperanza? Sabemos que en los desiertos de arena, como en los desiertos de la vida, se vuelve a descubrir el valor de lo que no tiene precio, el valor de lo que es esencial para vivir. Se vuelve a descubrir la experiencia de la sed y la necesidad del agua. La esperanza que sembramos remite a un encuentro con Jesucristo, que nos invita a pedirle el agua que puede saciar nuestra sed y puede seguir manando en nosotros para que beban otros.

Por eso, la invitación de esta tarde consiste, en primer lugar, en animarnos a romper nuestros pesimismo y atrevernos a soñar modos de transformar la arena en surcos, para más tarde salir, nunca solos, a sembrar semillas de esperanza. Decía Benedicto XVI que en el desierto se necesitan sobre todo personas de fe que, con su propia vida, indiquen el camino hacia la Tierra prometida y de esta forma mantengan viva la esperanza » (Benedicto XVI, *Homilía durante la Santa Misa de apertura del Año de la Fe* (11 octubre 2012): *AAS* 104 (2012), 881). Nosotros podemos ser esas personas, ¿qué no?

Pasamos ahora, en un lenguaje más reflexivo, a presentar alguno de los procesos que están transformando la tierra de nuestra sociedad en un desierto de arena, donde no es fácil sembrar porque no hay surcos para contener la semilla y no hay agua que la haga germinar.

1. LOS PROCESOS DE SECULARIZACIÓN Y DE DESMORALIZACIÓN.

En su libro *Una Edad secularizada*. (Editorial Gedisa, 2013)¹ se pregunta el filósofo canadiense Charles Taylor, cómo explicar lo sucedido para que si bien en el año 1.500 fuera poco menos que inconcebible que alguien se considerara ateo, en el año 2.000 pueda resultar trabajoso confesarse creyente en Dios, y en particular cristiano católico. La secularidad ha ido progresivamente ganando terreno y desplazando las creencias religiosas hacia otro tipo de creencias. No se trata de un proceso en el que las creencias de la fe cristiana hayan desaparecido, sino que conviven ahora con otras creencias que son inconsistentes con ellas, y en muchos casos beligerantes: creencias vinculadas a la ciencia, a las tecnologías de la web o incluso al horóscopo.

Hubo un tiempo en el que las personas se vivían como "sujetos porosos", entendiéndolo por ello que las fuentes de sus emociones más fuertes y más poderosas se encontraban fuera del espíritu humano, venían de fuentes sobrenaturales y en última instancia de Dios. Era la época que se ha llamado "premoderna", en la cual el orden del universo se atribuía a fuerzas sagradas, era lo que se ha venido llamando un "mundo encantado".

La ciencia provocó el "desencantamiento" de ese mundo ofreciendo explicaciones para las enfermedades, las tormentas, los movimientos celestes, etc. Y por otra parte, el desarrollo de la tecnología posibilitó los modos de producción industrial y, con ello, los movimientos migratorios del campo a la ciudad; ahora también las migraciones de los países con menos desarrollo a los países que gozan de mejores condiciones de vida. En este proceso, el *hombre poroso*, vulnerable a los espíritus, a los demonios, a las fuerzas cósmicas, participaba de una *narración* construida, en la que compartía sus contemporáneos la manera de valorar las acciones, la forma de ver en qué consiste actuar

¹ TAYLOR, C. H. (2007) pp. 25ss.

bien, construidas sobre una tradición que daba sentido a su forma de vivir.

En este transcurrir de las cosas, conocido como proceso de secularización, la sociedad realiza la transición de una manera de ver el mundo donde se construyen las relaciones y se desarrollan las búsquedas morales de sus actividades y de sus instituciones, a otra manera de ver el mundo muy plural, es decir, a “maneras” de ver el mundo que coexisten en nuestros ambientes. Estas búsquedas presuponen, todas ellas, creencias propias de la tradición cristiana, que dejan paso a otras creencias, actividades e instituciones donde, en algunas de ellas, no hay lugar para Dios.

De este modo, ese *ser humano poroso* del que hablábamos, va dejando paso al *yo aislado*, que pretende construir el sentido de su vida desde dentro de sí mismo, desde sus propias emociones y sentimientos, desde la libertad como único valor al que apelar y desde las explicaciones que las diversas ciencias le proporcionan., a veces divulgadas como las grandes promesas del futuro.

El paso de un yo a otro permite explicar, sobre todo, por qué la fe en Dios, el Dios cristiano, no es ya en nuestra sociedad una cuestión de colectividad si no una opción individual. Deja de ser una cuestión de pertenencia, de manera que uno nace cristiano del mismo modo que nace aragonés, murciano o extremeño. Ahora, uno se hace cristiano porque decide serlo, y para ello se adscribe a una comunidad de fe en la que ese *yo aislado* empieza a dejar de serlo, pero no para volver al *hombre poroso* del universo encantado, sino para construir el sentido del hacer y del vivir compartiendo con otros, haciendo comunidad con ellos, viviendo en comunión con la tradición de fe que a lo largo de la historia ha ido reformulando las expresiones expresan sus creencias, los modos de celebrar sus ritos, la articulación de los niveles de conciencia ética logrados.

Hoy tomamos conciencia de que hemos perdido el marco compartido que tuvimos en otro tiempo, anclado en el cristianismo, para discutir todas las cuestiones. Vivimos en una sociedad plural y experimentamos

una fuerte crisis moral: la justicia y la solidaridad quedan oscurecidas por la corrupción y el fraude, el cuidado de la vida se supedita, a menudo, al egoísmo individual apelando al ejercicio de la libertad, y así muchas otras cosas que nos preocupan cada día envueltas en noticias que a veces nos indignan pero que ya no nos sorprenden.

En nuestra sociedad no compartimos una forma de ver unánime acerca de en qué consiste actuar bien. Lo constatamos en la vida diaria, en los debates parlamentarios, en la misma familia. Ninguna propuesta ética puede arrogarse ser compartida por todos, de ahí que haya sido necesario acuñar las dos expresiones de “ética de mínimos” y “ética de máximos”, para construir sobre la primera nuestra convivencia, y dejar para la segunda las propuestas morales que surgen, por ejemplo, de las religiones, en particular del cristianismo.

Constatamos como un hecho que en nuestra sociedad predominan los que hemos denominado *yo aislados*, personas que se viven como individuos y que tienen vínculos muy débiles con otras personas y grupos, vínculos que se rompen con facilidad. Lo vemos en el ámbito familiar, y lo propician las relaciones virtuales. Constatamos a menudo como las olas de solidaridad que se producen ante una catástrofe o ante determinados acontecimientos, están asentadas en el puro sentimiento y desaparecen como flores de un día, no generan vínculos, compromisos estables o movimientos de solidaridad más allá de los momentos puntuales en que sucedieron los hechos.

También hay que decir que en nuestra sociedad hay personas que viven al modo de ese *yo aislado*, pero que buscan experimentar niveles de silencio y tipos de emociones y sentimientos en los que reconocen la dimensión espiritual humana como algo digno de ser cultivado. Abundan las convocatorias que ofrecen técnicas para lograr esos estados de conciencia, pero con frecuencia no crean vínculos morales entre quienes participan. Un cultivo de la espiritualidad distinto al que es propio de la espiritualidad cristiana que genera comunión y compromiso con el otro, en particular con los más frágiles, con los más débiles, con los que habitan en las “periferias humanas”, por usar

un término del Papa Francisco cargado de significado.

El siglo XX nos ha dejado inmersos en una cultura en la que la ciencia y la técnica son omnipresentes. Lo expresa bien la *Evangelii Gaudium*:

"La humanidad vive en este momento un giro histórico (....) Este cambio de época se ha generado por los enormes saltos cualitativos, cuantitativos, acelerados y acumulativos que se dan en el desarrollo científico, en las innovaciones tecnológicas y en sus veloces aplicaciones en distintos campos de la naturaleza y de la vida. Estamos en la era del conocimiento y la información, fuente de nuevas formas de un poder muchas veces anónimo".
(52)

Lo vemos en nuestros usos cotidianos: las facturas que pagamos: luz, teléfono, conexión a Internet,..., las pastillas que tomamos para el cuidado de nuestra salud, los trenes, aviones, coches que usamos para desplazarnos, los modos de comunicarnos, etc. Esta realidad en la que estamos inmersos se ha configurado por obra del esfuerzo y de la creatividad humana, y al hacerlo, ha ido generando unos modos nuevos de comprendernos los seres humanos a nosotros mismos, y de comprender la sociedad en su conjunto. Ahora no sólo vivimos en la biosfera sino en la infosfera.

A la pregunta ¿qué podemos esperar?, muchos de nuestros contemporáneos contestarían, sin otorgarse la posibilidad de dudar: "lo que la ciencia y la técnica puedan ofrecernos", "lo que cada uno con su esfuerzo pueda lograr y disfrutar de ello". Pero estas respuestas nos resultan demasiado pobres, y muchos de ustedes las recibirán quizás con una sonrisa de ironía por insuficientes para sostener el sentido de la vida diaria.

Son respuestas en las que no aparece un atisbo de trascendencia, en las que no asoma por ningún lado la gratuidad. Son respuestas que no penetran lo más hondo de nosotros mismos, que no hablan del perdón, ni de fidelidad, ni de amor desinteresado. Son respuestas que

cuando mucho apelan a la reciprocidad, y cuando menos hacen referencia únicamente a cosas exteriores. Y como muy bien dijo Ortega y Gasset al final de su *Meditación de la Técnica*: el hombre sabio sabe que la vida humana no es sólo cuestión de una técnica que luche contra la materia, contra los elementos exteriores, sino que es, también, **lucha del ser humano con su alma**. Y la esperanza que buscamos tiene sobre todo que ver con esta dimensión de lo humano, la propia de las búsquedas del alma.

2. ¿EN QUÉ SURCOS PODEMOS SEMBRAR ESPERANZA PARA QUE RENAZCA LA ALEGRÍA?

Sería interesante escuchar la respuesta que cada uno de ustedes daría a esta cuestión. Voy a atreverme a ofrecer yo misma alguna respuesta. Quiero proponer dos surcos, expresados con los verbos *mostrar y decir*.

1. *Mostrar* ofertas alternativas de modos de vivir.
2. *Decir* palabras de un modo nuevo.

Mostrar alternativas de modos de vivir.

Podemos mostrar modos de vivir que pongan de relieve cómo el oficio de vivir, que forja a hombres y a mujeres a quienes reconocemos como justos, a quienes podemos admirar por lo que son y no por lo que tienen, es un oficio que se rige por principios y criterios que no se agotan en el puro ejercicio de la libertad individual, o en la búsqueda de poder o en ejercer la profesión con criterios puramente economicistas. Un oficio, éste del vivir, que reconoce en el otro a alguien ante quien se siente responsable, que se acerca al propio cuerpo con reverencia y a la naturaleza con respeto, que busca en el ejercicio de trabajo el bien que se esconde tras ese ejercicio: educar y no sólo enseñar si es profesor, curar o mejorar la salud y no sólo prestigio si es médico, construir bien las paredes para que duren y sean seguras, si es albañil,...Un oficio, el del vivir, que lo realiza alguien que se sabe inmerso en un misterio de gratuidad y de amor, que es Dios mismo.

Nosotros como cristianos podemos ofrecer a nuestra sociedad el ejemplo de este modo de vivir. Un modo de vivir que desprende una *luz alegre*, como se dice en los Proverbios, que es la luz que acompaña a los honrados. (*Proverbios*,13, 9) Podemos ofrecer un modo de vivir tal, que quien nos vea de cerca pueda preguntarse: ¿De dónde les viene la fuerza para mantenerse honestos en su trabajo, justos en sus juicios y en sus decisiones, amables en sus relaciones, entregados en el cuidado de unos para con otros, en especial, a los más vulnerables, magnánimos en su compartir, valientes en la defensa de la vida?

El Papa Francisco nos invita a mirar a los primeros cristianos. Por eso me ha parecido oportuno traer al recuerdo de todos, un texto cristiano del siglo II, no conocido hasta el siglo XV, la *Carta a Diogneto*, mencionada por él en la EG. En esta carta encontramos una descripción, que es a la vez propuesta, del modo de estar los cristianos en la sociedad pagana de aquel tiempo y que puede iluminar la búsqueda de cómo hemos de estar nosotros entre nuestros contemporáneos anunciado el Evangelio en esta edad secular de transformaciones profundas.

En la introducción de la *carta a Diogneto*, leemos que:

“Los cristianos no se distinguen de los demás hombres, ni por el lugar en que viven, ni por su lenguaje, ni por sus costumbres. Ellos, en efecto, no tienen ciudades propias, ni utilizan un hablar insólito, ni llevan un género de vida distinto”.

Podríamos decirlo de nosotros mismos: compartimos las ciudades y los pueblos con los que profesan otras religiones o se confiesan ateos o agnósticos, hablamos su misma lengua, usamos los mismos lugares para educar a los hijos, los jóvenes frecuentan los mismos espacios de ocio, coincidimos en los ámbitos de trabajo. Si bien, como dice el texto:

“Siguen las costumbres de los habitantes del país, tanto en el vestir como en todo su estilo de vida (y), sin embargo, dan muestras de un tenor de vida admirable y, a juicio de todos, increíble.”

“Igual que todos, se casan y engendran hijos, pero no se deshacen de los hijos que conciben. Tienen la mesa en común, pero no el lecho”

“Obedecen las leyes establecidas, y con su modo de vivir superan estas leyes”.

“Son pobres, y enriquecen a muchos; carecen de todo, y abundan en todo”.

“Aman a los que los odian”.

“Para decirlo en pocas palabras: los cristianos son en el mundo lo que el alma es en el cuerpo. (...). (Y) es ella (el alma) la que mantiene unido el cuerpo; (...) ellos son los que mantienen la trabazón del mundo”.

El cristianismo se abrió paso en aquella cultura pagana en la que vivían aquellos seguidores de Jesús del siglo II, gracias a un modo de vivir que *se mostraba* admirable y que acabó siendo admirado. *Mostrar* que ese modo de vivir tiene su fuente en el encuentro con Jesucristo es el núcleo de la misión que se nos encomienda, es preparar los surcos para que la siembra proporcione la alegría del Evangelio a una sociedad que carece de brújula.

Quisiera decir una palabra sobre algunos ámbitos de la vida cotidiana en los que nuestra sociedad necesita que se muestre un modo de vivir cargado de esperanza: el trabajo la familia y, con ella, la Iglesia.

La familia

La familia en particular está necesitada de una especial atención por parte de la comunidad cristiana, pero muy en particular por los integrantes de la propia familia y por los agentes pastorales que viven desde dentro las dificultades y los gozos de las familias. La familia atraviesa una crisis cultural profunda (66), en la que la fragilidad de los vínculos es causa de muchas de las situaciones de vulnerabilidad de las personas que la integran y de relaciones poco sanas en el interior

de grupos de amistad o profesionales. Es misión y tarea de los cristianos que integramos la familia el hacer creíble que es posible una entrega total, una donación en gratuidad, un perdón que abre un nuevo tiempo entre quien perdona y es perdonado. Es también tarea, y no pequeña, de los cristianos que integramos las familias, el generar las condiciones para que los roles que se vivan en ella no humillen a ninguno, afirmen la igualdad de todos y a la vez den cabida a las diferencias de trato y de cuidado que corresponden los miembros que la integran por su situación de edad, de salud, de necesidades diversas.

La vida de la comunidad eclesial no es ajena al modo de vida de las familias cristianas. La Iglesia es familia, es una gran familia, en la que los lazos que tejemos entre todos reflejan lo vivido en la pequeña familia: la misma dignidad todos, distintas funciones y la misma misión recibida del señor Jesús: anunciar el Evangelio y llevar el gozo de la buena noticia a todas las gentes, también a la propia comunidad eclesial. Las diversas asociaciones laicales, las cofradías, tienen un modo propio de hacer presente el gozo del Evangelio, con gestos o modos de servir específicos de los diversos carismas.

Esta forma de vida orientada por el espíritu de Jesús exige vivir activamente la dimensión comunitaria de la fe. Los cristianos se reconocen como hermanos, tal como Jesús había dicho: “todos vosotros hermanos” (Mateo 23,8). Amigos de Jesús, miembros de un pueblo santo. El final de la Carta los Romanos (16, 5-13) es un ejemplo muy bello de cómo, en una comunidad, cada persona es importante, todos los colaboradores se han fatigado de distintos modos en su implicación por extender la buena noticia del Señor.

El trabajo

El segundo ámbito en el que se muestra alegría del Evangelio en la vida cotidiana es el trabajo. Al hablar de trabajo, a veces lo restringimos a la actividad remunerada, pero ya es más frecuente extenderlo a aquellas otras que se realizan en el interior de la casa o en ámbitos de

participación ciudadana o asociativa. De algún modo contraponemos trabajo y ocio.

Una autora del siglo XX, Hanna Arendt trata este tema en unos términos que pueden ayudarnos para la reflexión que nos ocupa. Siguiendo esta autora, podemos visualizar tres maneras diferentes de vida activa: La labor o el cuidado de la vida, en especial el cuerpo y las necesidades vitales. Ocupa lo que podríamos llamar el ámbito de la necesidad. En segundo lugar, la actividad a la que en sentido propio, solemos llamar trabajo. Consiste en hacer cosas que quedan en el mundo (es el ámbito de la utilidad) y por último, la acción o interacción humana entre una pluralidad de iguales que inician algo nuevo o que se unen para impulsar y renovar algo ya existente, es el ámbito de la libertad. La familia es el ámbito donde se integra la condición humana en sus dimensiones de labor, trabajo y acción, y los hijos se “familiarizan” con un modo de vivir esa condición humana. Paso a presentarlo con mayor concreción.

Labor

La labor se corresponde con el cuidado de la vida. Son aquellas tareas repetitivas que posibilitan que la vida tenga el sustrato necesario para seguir adelante: alimentar y alimentarse, crianza de los hijos, aseos y limpieza de la casa, etc. Me gustaría en primer lugar, ofrecer una mirada que dignifique las tareas domésticas, de modo que podamos descubrir que hay determinados modos de realizarlas que encierran señales de esperanza, que tienen contenido de Buena Noticia.

Los cristianos, cuando cuidamos de la vida propia y de la vida de otros, en especial, de las personas más débiles de nuestro entorno, de niños y enfermos, podemos poner de manifiesto que hay un modo de hacer y de servir, nacido y sustentado por la fe en Jesucristo. Un modo que brota de un ejercicio en el que no sólo se dan cosas, sin que cada cual se da a sí mismo en las acciones más rutinarias y aparentemente vulgares que exige el cuidado de la vida.

Este modo de realizar las labores del cuidado, contribuye a desarrollar zonas muy centrales de lo humano: la capacidad de entrega y de donación de sí. Es una incidencia silenciosa en la formación de los niños y jóvenes de la familia, y también tiene repercusión social. Aunque no tiene apariencia, genera sin embargo, *los hábitos del corazón*, considerados como clave para comprender el secreto de la solidez de la democracia estadounidense. Así lo vio y lo expresó un filósofo francés del siglo XIX, Alexis de Tocqueville, que se interrogaba por cuál sería el sustrato que daba tanta firmeza a la democracia norteamericana.

Esta aportación de los laicos cristianos, en el interior de su propia familia, o en su mundo de relaciones, es la fuente subterránea donde se generan las mejores virtudes y valores sobre los que sustentar una sociedad en la que se pueda vivir humanamente.

Trabajo o hacer las cosas que pueblan el mundo

El trabajo, hoy una palabra que sólo pronunciarla es una invitación al respeto y a la solidaridad con tantos conciudadanos nuestros que carecen de él, es esa actividad humana que se lleva la mayor parte de nuestro tiempo, de nuestras energías, de nuestras capacidades aprendidas y ejercitadas por la que producimos artefactos con los que poblamos el mundo, desde relojes a obras de arte, pasando por casas, pan, mesas, zapatos, libros, autopistas, ordenadores, programas de información.

En la Biblia, el trabajo es visto como maldición (“ganarás el pan con el sudor de tu frente”) pero también como colaboración en la obra creadora de Dios; y siempre como un ámbito de colaboración con los otros seres humanos. El trabajo, como realidad humana que es, tiene ese carácter ambivalente, pues puede convertir al hombre en esclavo por las condiciones en que lo realiza, por las exigencias que se imponen y por su propia ansia de tener más y más.

El trabajo hoy es escaso y precario; es a la vez medio de vida y fuente de identidad. El trabajo es un elemento central para la vida de la familia, y puede ser a la vez, una fuente de tensión. Tensión interna cuando alguno de los miembros de la familia en edad laboral no tiene trabajo. Tensión también porque el trabajo tiende a acaparar tantas energías y tanto tiempo, que amenaza la disponibilidad para realizar otras dimensiones de la vida familiar y de las personas que integran la familia.

Es precisamente en el modo de vivir la actividad laboral y de integrarla en nuestra vida familiar, donde los laicos tenemos la oportunidad de cargarla de su dimensión ética: un oficinista, un notario o un político que sabe ver tras los papeles personas y situaciones, y no sólo números de expedientes. Y para los cristianos, hay campos de actuación donde el apostar por determinados valores es hacer patente que el trabajo es un modo de participar en la acción creadora y salvadora de Dios. La formación de los laicos, así como las revisiones de vida en todas sus variantes, contemplan estos aspectos.

No podemos ignorar, aunque lo diga brevemente, la responsabilidad pública de los profesionales: la aportación de los diferentes cuerpos profesionales a la regeneración moral y democrática de nuestra sociedad. No es lo mismo ser un juez que se atiene a la ley que un juez arbitrario, un abogado que busca hacer emerger la verdad, que otro que se enriquece por ocultarla. No es lo mismo la confianza que generan en el servicio público del taxi, profesionales que eligen el trayecto más corto que otros que pudieran primar el coste de la carrera, etc.

La acción o el ámbito de la libertad.

Por último, la interacción humana entre una pluralidad de iguales, que se reconocen como seres libres, que generan espacios de alteridad y nos introduce en los ámbitos culturales, sociales y políticos. La educación, la acción económica, empresarial y sindical, los medios de comunicación,

la política, son los ámbitos privilegiados donde llevar a cabo lo propio de esta dimensión de la condición humana, que Hanna Arendt llama *acción*.

En este camino de la libertad, de construir humanamente el entramado de las relaciones, de las instituciones y de la acción política, las señales de esperanza no son siempre diáfanas – vivimos unos tiempos en que a menudo se vuelven opacas- pero eso mismo es un acicate para trabajar nuestra percepción, cultivar el discernimiento y animarnos mutuamente a ser protagonistas de acciones que puedan ser percibidas como señales de esperanza por otros.

La participación en la vida pública es una de los espacios privilegiados para hacer creíble la propuesta del cristianismo en nuestra sociedad. Hoy las redes sociales posibilitan un modo al alcance de muchos. Por supuesto, están las modalidades clásicas de militancia en partidos políticos o en organizaciones sindicales. Pero también hablamos de “política civil” como modo de participar desde la sociedad civil en la transformación de nuestras sociedades, de los modelos de gobierno, de los ideales legislativos, etc.

Otro modo consiste en participar activamente en la creación y sostenimiento de entidades civiles promovidas con fines culturales, empresariales, de desarrollo (ONG), comunicativos, educativos, de defensa de derechos o de la misma vida. Es cada vez más frecuente encontrarse con entidades civiles promovidas por cristianos, que actúan como sujetos activos en causas importantes. El asociacionismo de todo tipo es un cauce de participación responsable, como también lo es la gestión de las instituciones.

Terminamos este tema con unas palabras dichas por nuestros Obispos hace ya tres décadas, pero que mantienen plena vigencia:

Los católicos, la Iglesia, pueden y deben contribuir a la realización humana de la sociedad. Por la concepción que tienen de la persona derivada de su fe en Jesucristo, por su certeza de que los valores éticos han sido clarificados y fortalecidos por la fe cristiana en Dios creador y salvador, y por su convencimiento de que la plenitud de

la vida ha sido revelada en Jesucristo, los católicos han de mostrar, en la vida cotidiana y en la práctica real y social, que el servicio del hombre es el criterio de autenticidad de su fe y de su experiencia de Dios como Dios; y viceversa, que esta experiencia es la condición para un servicio verdaderamente reconciliador y liberador del hombre. (22 de abril 1986) "Los católicos en la vida pública". Instrucción Pastoral de la Comisión Permanente, realizada por encargo de la CEE). Y con estas palabras autorizadas, dichas en 1989, pasamos al último punto de esta intervención. Al segundo *surco* que se nos invita a preparar en esta tierra un tanto desertificada, que es nuestra sociedad, para sembrar esperanza en ella.

Decir palabras de un modo nuevo.

En el libro de los Hechos, cuando los apóstoles Pedro y Juan que habían sido detenidos, son milagrosamente liberados, se les dice que expliquen íntegramente al pueblo "esta manera de vivir" (cfr. Act. 5, 20). Un dar cuenta que puede ser realizado con el *decir* de las palabras y con el *mostrar* de los hechos. Digamos algo de esto segundo.

Los estudiosos del lenguaje nos han enseñado que las palabras no sólo nos sirven para describir lo que vemos y expresar lo que sentimos o pensamos, sino que también "hacen cosas" y "causan cosas". Pensemos por ejemplo en la promesa expresada por los contrayentes en una ceremonia matrimonial; esas palabras convierten a la pareja en un matrimonio. O pensemos en la palabra de una autoridad que declara inaugurada una exposición; a partir de ese momento la exposición queda abierta al público. Las palabras también pueden *ser causa* de sucesos. Pensemos por ejemplo en nuestro pasado reciente lo que supuso que los poderes públicos del momento pusieran en circulación la expresión "proceso de paz" para dejar de hablar del terrorismo de Eta en nuestro país.

El poder de la palabra, también, lo podemos usar para pretender enmascarar aspectos de la realidad, a menudo pretendemos

que las palabras tengan más credibilidad que los hechos y entonces nos engañamos. No es infrecuente en nuestra sociedad la pretensión de que la opinión de cada cual sea la que cuente, con independencia del valor de las otras opiniones. A menudo son opiniones construidas con un lenguaje adecuado a los intereses de quien habla, sin reparar en la naturaleza de las cosas de las que habla. Se emplea la expresión, por ejemplo, de “interrupción voluntaria del embarazo”, para centrar la atención en la libertad de la mujer gestante, a la que nuestra ley vigente atribuye incluso el derecho de realizar esa interrupción, y desviar así la atención del acto de eliminar al embrión o al feto, al que hace referencia la palabra “aborto”.

Otro ejemplo al uso lo encontramos en el modo de utilizar el término “profesión” que queda referido a la calidad técnica de la actividad con independencia del fin que ésta persiga. Podemos observar hasta qué punto se ha vaciado de contenido ético el concepto de profesión cuando al hablar de ladrones decimos que son muy buenos profesionales porque te roban la cartera sin que te des cuenta, o porque se quedan con dinero destinado a los parados con unos procedimientos con apariencia de legalidad. Es como si el lenguaje fuera por su camino y el fondo de las cosas por el suyo. Como si en este oficio de vivir que todos ejercemos, la responsabilidad de ir cincelandando una vida buena, una vida justa, no fuera cosa de los que vivimos este tiempo, y perteneciera a tiempos pasados en los que la realidad de las cosas, nunca del todo asible por la palabra, se consideraba lo importante. Por eso, el decir, y decir bien, es un surco donde la esperanza espera ser sembrada.

En el caso de los cristianos es importante tomar conciencia de otro aspecto: que la fe que compartimos encuentra en las palabras un vehículo privilegiado para su expresión. La vivencia adulta y responsable de la fe exige la puesta al día de las formulaciones de sus creencias. José Gómez Caffarena, en su obra, *El enigma y el misterio* (Trotta, Madrid, 2007), dice expresamente que si bien no se debe de ningún modo reducir la actitud vital que es la fe, al elenco de creencias en que

se expresa lingüísticamente. La fe incluye como una dimensión necesaria la afirmación de un sistema de proposiciones en torno a Dios. Y la plausibilidad de ese sistema requiere que se satisfagan tres requisitos: su coherencia interna, es decir, que no afirmemos cosas contradictorias, una elemental coherencia externa y una básica argumentabilidad. La coherencia externa, lo que significa que se dé una consistencia básica con la visión integral del mundo tal como puede formarse una mente actual, abierta a las teorías metafísicas y científicas acreditadas. Pensemos, por ejemplo, en las cuestiones de la relación entre Dios y el cosmos², por ejemplo la cuestión del *big bang*.

Como la ciencia está en continuo avance, y los diversos ateísmos, en particular los ateísmos científicos, están contruidos sobre sistemas filosóficos que niegan la dimensión trascendente del hombre y del cosmos, hay tarea permanente para teólogos, científicos y filósofos cristianos. Y hay también tarea permanente para todos los cristianos que tenemos el deber de formarnos y de actualizar la comprensión de las expresiones de nuestras creencias, formuladas a lo largo de 2000 años de historia del cristianismo.

Por supuesto, la palabra encierra la capacidad profética de denuncia y con ella, de apertura a la esperanza de un Dios dispuesto a perdonar y a abrir nuevos caminos de misericordia a los seres humanos. De ahí que el empleo de la palabra en los ámbitos públicos, por parte de los cristianos, debe unir siempre la crítica a la injusticia en cualquiera de sus expresiones, y la propuesta de propuestas, que por sencillas que puedan parecer son gestos de cambio que siembran esperanza. La presencia de los profetas es una necesidad permanente en la dinámica de la historia y, en particular, de la historia que se lee como una presencia de Dios en el tiempo de los seres humanos.

Y además de las dimensiones dichas quiero recordar con palabras del Papa, otra que nos atañe a todos. Nos invita a reconocernos a nosotros mismos “como marcados a fuego por esa misión de iluminar,

² Cfr. J. GÓMEZ CAFFARENA, o.c. pp.386-387

bendecir, vivificar, levantar, sanar, liberar" (273). Si nos detenemos un momento, caeremos en la cuenta que nuestras palabras pueden "hacen cosas", como decía antes, y cosas asequibles a todos a la vez que son muy importantes para la vida humana. Nuestras palabras son portadoras de bendición, condena, sanación, denuncia,...La misión que se nos encomienda es la de usar las palabras de un modo nuevo.

El papa Francisco nos invita a que nuestro decir, nuestra manera de hablar sean surco donde crezca la esperanza, porque con ellas iluminemos, bendigamos, vivifiquemos, levantemos, sanemos, liberemos. Y, ¿quién puede decir que esta misión que se nos confía no es para cada uno de nosotros, para él o para ella por su edad, por su condición,...? ¿Quién no puede transformar sus modos de hablar en el trabajo, en la familia, en el sindicato, en los grupos de amistad? Todos estamos invitados a encontrar nuevos modos de *decir*, de comunicarnos, de manera que al hacerlo, generemos esperanza en el corazón de quien escuche.

Espero que estas palabras, que he compartido con ustedes esta tarde, sean también una siembra de esperanza. Muchas gracias.

Camino Cañón Loyes